

Influencia Perdurable ANIBAL PONCE, SUS IDEAS SIGUEN VIVAS

Por César GODOY URRUTIA

Con los más notables pensadores y creadores latinoamericanos de este siglo ha pasado un fenómeno curioso; vivieron en la primera mitad del novecientos y murieron prematuramente. José Ingenieros, argentino, que proyectaba "morir antes de envejecer", extiende su vida entre los años 1877 y 1925; José Carlos Mariátegui, el peruano, vive sólo 35 años, entre 1895 y 1930; el argentino Aníbal Ponce (1898-1938), que muere trágicamente en México, prolonga su vida apenas por cuatro décadas. Juan Marinello es una excepción.

Podría decirse que este fenómeno comienza con José Martí que vive sólo 42 años, 1853 al 1895, y cuya vida expira prematura y dramáticamente, en la lucha por la Independencia de Cuba, el 19 de mayo de 1895.

Todos desaparecen en plena vitalidad, cuando el proceso de su producción intelectual e influencia política era más profundo; cuando de su madurez y experiencia se esperaba tanto, acaso lo mejor de su obra creadora; cuando la lucidez de su inteligencia ofrecía lo mejor de su genialidad.

Tuvimos el privilegio de conocer personalmente en Argentina al escritor Aníbal Ponce. Escuchamos algunos de los cursos que dictó en el Colegio Libre de Estudios Superiores y que eran reproducidos en el vocero del Instituto, la revista *Cursos y conferencias*. Sabemos que fue el mejor discípulo que tuvo Ingenieros y colaboró con él en la *Revista de filosofía*. Su obra recogió primero la influencia positivista de su Maestro, pero no tardó en acuñar su pensamiento científico marxista, expuesto en su revista *Dialéctica* y volcado en sus obras fundamentales: *Educación y lucha de clases*, *Humanismo burgués y humanismo proletario* y *El viento en el mundo*, donde recogió algunas importantísimas conferencias.

Ya en los primeros años del 30 se vieron trasplantar en Argentina y otras naciones, manifestaciones propias de la ideología fascista, traducidas en la persecución inquisitorial del pensamiento. La oligarquía ganadera abrió proceso a Ponce en el propio Senado, donde fue

brillantemente defendido por el más bizarro de los políticos independientes, Lisandro de la Torre (1868-1939). Afectado por estos hechos, Ponce resolvió salir del país y tomar el camino de México, a donde arribó en 1937. Bien acogido, como México acostumbra hacerlo tradicionalmente, trabajó primero en la Normal Superior y en la prensa, y, más adelante, dictó clases en la Universidad de Morelia. Viniendo por tierra hacia Ciudad de México, para luego dirigirse a Cuba donde estaba comprometido con Marinello para dar algunas conferencias, sufrió un accidente que le afectó al extremo que debió ser trasladado a una clínica de la Capital donde se produjo el desenlace.

Serán coincidencias, pero los hechos son así. El 18 de mayo de 1938 nos hallábamos en un café de Avenida de Mayo, a pocos pasos del diario *Crítica*, de Buenos Aires, cuando de repente llega, muy impresionado, el poeta Raúl González Tuñón, exclamando casi a gritos: ¡Aníbal Ponce acaba de morir en México! La noticia hizo tremendo impacto en la intelectualidad argentina. Sus restos fueron cremados en México y años después sus cenizas, llevadas a Buenos Aires.

Han transcurrido justamente 40 años desde estos sucesos. Hace tiempo o poco más, que fueron publicados los libros fundamentales de Ponce, pero su obra sigue reimprimiéndose, circulando por toda América y remarcando su influencia. Particularmente en los círculos universitarios y pedagógicos se le sigue leyendo e inspirando a muchos catedráticos. La juventud le recuerda, admira y respeta.

Juan Marinello, que fue gran amigo suyo y compartió con él el ostracismo, escribió un documentado prólogo sobre la vida y obra de Ponce, el recogerse en un solo tomo en La Habana, la principal producción del argentino. Poco antes hizo lo mismo Emilio Troise, muerto el 76.

Para expresar sus ideas, Ponce tuvo siempre la misma preocupación de Martí: hacerlo con claridad y exactitud, exigiéndole

mucho a su estilo y a su erudición. Pocos, como él, emplearon un lenguaje más atractivo e impecable. La limpieza de su prosa casi no ha sido igualada. Se exigió a sí mismo con el máximo de rigurosidad y tuvo presente, sin olvidarlo nunca, que Carlos Marx, el expositor de la doctrina económica, que es la menos indicada para hacer con ella figuras literarias, la hizo en tal forma que no tienen nada que envidiarle los mejores estilistas.

Ponce no fue de esos intelectuales que a la hora de la definición tuviera miedo o vacilaciones. Tomó el camino que le indicaron su conciencia, los hechos históricos de su tiempo, la filosofía científicamente indicada para el análisis y el desenvolvimiento de la sociedad, la posición más favorable para contribuir a la liberación de nuestros pueblos.

Aquí está el secreto de su perennidad, como en el caso del peruano José Carlos Mariátegui y del cubano José Martí. Ojalá las jóvenes generaciones y la clase obrera sepan extraer todo lo positivo que importan la obra y la vida de estos hombres guía y símbolo, que honran a la América Latina.